



CAPÍTULO II

Exequias de Rosa y solemne entierro que se la hace.

UNA SE había publicado por todo Lima, que aquella tarde había de ser el entierro de Rosa; y algunas horas antes la multitud del pueblo había llenado las plazas y las calles, á pesar de ser ellas anchurosas y capacísimas. Desde la casa del contador D. Gonzalo, hasta el convento de Santo Domingo, hay casi una milla de distancia; y con todo eso apenas cabía en todo aquel espacio la gente que estaba amontonada por las bocacalles; adonde, no voz de pregonero, no aviso de campanas, sino sólo la devoción particular de cada uno había conducido. Salió el Ilustrísimo señor Arzobispo de su palacio con intentos de honrar con su presencia la pompa funeral; mas desconfiando que pudiese romper el coche por los millares de gente que ocupaban el paso, sin llegar á la casa de D. Gonzalo, habiendo intentado en vano ejecutar su propósito, se determinó de torcer el camino y esperar el entierro á la puerta de la iglesia de Santo Domingo. Al mismo tiempo, como si hubiera procesión general, con

gran frecuencia, por diversas calles concurrieron á casa de D. Gonzalo diversas cofradías, sin haber intervenido mandato del Arzobispo, ni invitación de persona alguna, ni quien les ofreciese limosna porque saliesen. También vinieron los religiosos mendicantes con sus insignias y guiones. Luego vino el cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana voluntariamente, fuera de lo que acostumbraba; pues sólo hacía esta demostración cuando se entierran sus arzobispos. Juntóse al acompañamiento la Audiencia y los Oidores, que rara vez hacen tales demostraciones, sino en la muerte de los virreyes. No tienen número ni cuenta los caballeros y personas nobles que concurrieron, por ser grande la multitud; siendo para todos prodigio estupendo el verse congregados y juntos donde nadie los había convidado. No fué menos solícita la piedad de las ilustres matronas, ni el deseo que tenían de ver por vez última á Rosa ya marchitada. Por donde había de pasar el entierro ocuparon los balcones las damas de mayor porte; los corredores, ventanas y azoteas se veían llenos de toda clase de personas, unas sobre otras, amontonadas por todas partes. Hasta los tejados negreaban, poblados de gente de toda edad y estado. Tanto como todo esto montaba en el concepto de todos presenciar el entierro de una pobrecita hija de un soldado apenas conocida en Lima. Nunca se vió más conmovida esta noble ciudad.

Salió al fin cuando caía la tarde, abiertas de par en par las puertas de la casa de D. Gonzalo, el féretro que llevaba la preciosa prenda, que al principio tomó en sus hombros voluntariamente el cabildo, arrimando el hombro á las andas sus prebendados; obsequio solo usado con los arzobispos difuntos. Después de haber pasado la primera plaza con grave y lento paso y llegando á las Cuatro calles sucedió en este piadoso oficio la Audiencia, llevando los señores Oidores sobre sus hombros el féretro; después les sucedieron los prelados de las religiones, variándose á ciertos puestos que dividían las calles. Iban á los lados haciendo escolta y

dando paso, los soldados de la guardia del Virrey, armados, que desviaban la gente, no sin mucho trabajo, y también impedían que cortasen los hábitos de la virgen; porque como todos á gritos decían que era santa, así estaban ansiosos de quitarla algunas reliquias, y lo hubieran logrado si las alabardas de la guarda no la hicieran muro. Y es cierto que si no se hubiera puesto coto al tumulto de gente con esta defensa; si se les hubiera permitido obrar libremente y dejarse llevar de su devoción, había gran peligro ó de que no llegara la virgen al templo, donde había de tener sepultura, ó de que llegara la menor parte de su cuerpo. A pesar de haber sido tan grande el cuidado que se puso en guardarla, no pudo escusarse que al llegar á la puerta de Santo Domingo la quitasen parte de los vestidos, la corona y la palma, siendo necesario buscar de nuevo otras insignias para ponerla en el túmulo.

Estando parado el féretro á la puerta del templo, cuyos umbrales tantas veces había pisado en vida, para echarla agua bendita, á muchos les pareció que el rostro virginal se había bañado de nueva y singular hermosura, aumentando de este modo su belleza. La blancura de las tocas y de todo el hábito, con que la habían amortajado, indicio de la pureza de la virgen, prestaban á ésta increíble gracia y vistoso aliño. El cadáver tenía tratable el cuello y los artejos de todo el cuerpo, lo que causó admiración profunda en todo el concurso. Después de entrar en la iglesia fué colocada en un majestuoso túmulo, que por medio de gradás se iba elevando desde el suelo hasta las bóvedas; y con portento más prodigioso parece que también le daba la bienvenida la Reina de los ángeles, pues en esta sazón vieron cuantos allí estaban, que la imagen del Santísimo Rosario, que estaba en su capilla, despedía gran resplandor del rostro. Concurrió, visto este prodigio, á la capilla gran multitud del pueblo, que, indeciso entre temor y alegría, soltó la rienda á las lágrimas, crecieron los gritos de los que la invocaban y pedían merce-

des; y no faltaron muchos que decían, que también había sudado la santa imagen; pero averiguado mejor el caso, se sacó en limpio, que sólo era resplandor que despedía la imagen, indicio manifiesto de que la Reina de las vírgenes aplaudía la pureza de su Rosa.

Para impedir los atropellos de la multitud rodearon el túmulo algunos religiosos del convento, dejando libre un pequeño espacio por donde pudieran acercarse á las sagradas reliquias los enfermos, que con esperanzas no mal fundadas se llegaban para alcanzar salud. Poco más apartada estaba la guardia del Virrey por detener las olas de la gente, si ser pudiese, aunque apenas pudo salir con sus intentos, porque fué tanto el ímpetu y la apretura, que aun la música no podía como quisiera cantar, el oficio de los difuntos, estando cerca del altar mayor.

Asistían á los oficios el Arzobispo de Lima, la Real Audiencia, el Cabildo metropolitano, los Prelados de las religiones y la numerosa nobleza de Lima. Dispuesto, pues, todo, cuando ya estaba para comenzarse el oficio de la sepultura y llevar el cuerpo desde la iglesia á la fosa, que estaba abierta en el capítulo del convento, de repente fué tanta la vocería del pueblo que se oyó en el templo, tantos los alaridos desentonados y lamentables de los que pedían el favor de la virgen, que hubieron de dejar por entonces la procesión, temiendo la confusión y el tumulto; haciendo correr la voz de que no se enterraba á Rosa aquel día y que al siguiente la habían de dar sepultura. Con esta esperanza se consolaron muchos y dieron vuelta á su casa para volver al tiempo señalado. Así poco á poco se fué desocupando la iglesia, saliendo en tropel la gente; con lo que pudo la nobleza y lo más lucido de Lima tener lugar de acercarse más al cuerpo de la sierva de Dios y besar aquellas manos inocentísimas. Apercebida de esto la multitud curiosa volvió á reunirse cerca del túmulo, lo que advertido por el Sr. Arzobispo, con acciones y señas, porque la voz con el mucho estruendo no

podía oírse, dijo á los Padres que allí asistían que la llevasen á la sacristía; pero ni aun allí pudieron verse libres del aprieto y del concurso; y así determinaron llevar el venerable cuerpo al noviciado, que estaba más retirado y más guardado con llaves y puertas, siguiendo el ataúd el Sr. Arzobispo con algunos pocos que le acompañaron. Insistían en no querer perderla de vista enjambres de gentes, las que fácilmente echaran en tierra las puertas que estorbaban el paso, si no los detuvieran la reverencia del convento y los muchos Religiosos que se juntaron para despedirlos. Finalmente, se buscó lugar más apartado, y así la pusieron en el oratorio del Noviciado, donde estuvo toda aquella noche velada por los Religiosos que señaló el Prelado. Aquí fué donde despertando al silencio y la quietud el fervor, puesto de rodillas el Sr. Arzobispo, tomando con sus manos la de la virgen, con suma reverencia, ternura y devoción, la dió muchos ósculos, y conoció entonces, que no sólo tenía flexible y tratable la muñeca, sino también todos los artejos de la mano y dedos, como si actualmente estuviera viva. Halláronse presentes algunos Oidores de la Real Audiencia, teniendo á gran dicha besar, puestos de rodillas, el ruedo de los hábitos, sin que varones tan graves y circunspectos pudiesen detener las lágrimas, por más que procuraban disimularlas.

Apenas los primeros crepúsculos despuntaban entre confusas luces por el Oriente, dando alegres nuevas del día, cuando los que velaban á Rosa, por orden del Prior, restituyeron la preciosa y venerable prenda á la capilla mayor de la iglesia donde había estado la tarde antecedente, poniéndola sobre la parte más elevada del túmulo. Después, abriendo de par en par las puertas del templo, entraron agolpándose unas á otras multitud de gentes á toda prisa y ocuparon toda la iglesia, tomando tan de antemano puesto, teniéndose por más venturoso el que pudo coger sitio más elevado. Sobre los bancos, canceles, rejas, escaños y tarimas subía la

gente, porque no les embárazasen la vista. Mas en oyendo el clamor de las campanas, que anticipando el tiempo acostumbrado hacían señal para cantar la misa y oficios y dar tierra á la virgen, súbitamente se llenó lo restante del templo, que con ser tan capaz, era angosto para los muchos que iban entrando. No sólo los vecinos de Lima, como el día anterior, sino todos los de seis leguas en contorno, sin que nadie les llamase, asistieron aquella mañana al entierro de Rosa. Otra vez volvió la guardia del Virrey á tomar las puertas y despejar la entrada, y si el día antes con dificultad podían detener la multitud que acudió al entierro, al siguiente fueron inútiles la fuerza y las amenazas de los soldados para poner orden entre tanta gente. A competencia toda edad y sexo con apremio y ahogo se atropellaba á las puertas, Este rogaba desde lejos que de mano en mano tocasen al cuerpo da la virgen el rosario, aquel los agnus, otros medallas y coronas, y cuanto tenían á mano que fuese de estimación. Por esta parte una multitud de baldados y enfermos, cojos, mancos y tullidos pedía como de derecho que hiciesen lugar para llegar á pedir remedio á Rosa y conseguir salud tocando las andas. Por aquel otro lado iban pasando los niños sobre las cabezas de todos, para que Dios los guardase de todo mal por medio del contacto del sagrado cadáver. Y con ser tanto el cuidado, la cautela y vigilancia de los soldados y de los Religiosos que la defendían, no bastó para que otros más sutiles y prestos no quitasen por muchas veces á la difunta los velos, cabellos y parte de los hábitos, que después dividían en menudos trozos con pretexto de ser reliquias. Seis veces fué necesario volver á vestir á Rosa antes de enterrarla. Por lo cual todos los afanes no eran ya tanto por guardar los hábitos, cabellos y tocas, sino el mismo cuerpo; porque era tanto el fervor, el tropel y las ansias de tener reliquias, que no repararan en destrozarse el cadáver y llevarle en pedazos por preciosas

reliquias. Llegaron á cortarla un dedo; no se sabe si con hierro ó con los dientes.

Entre este bullicio, reuniéndose los Religiosos al coro, se dió principio con solemnidad á la misa, asistiendo de pontifical el Ilmo. Sr. D. Pedro de Valencia, Obispo de Guatemala, que introducido por un postigo de la sacristía, porque era imposible romper por la gente que llenaba la iglesia, quiso hallarse presente y hacer el oficio de la sepultura después de la misa. Resonaba la iglesia con gritos continuados que á la virgen aclamaban por santa, con tal estruendo, que ni se oía el canto de los Religiosos que estaban en el coro, ni ellos podían percibir ni responder al Preste y ministros que estaban en el altar. Hacían señal con campanillas para que respondiesen á punto; pero fué en vano la industria, porque prevalecía la gritería del pueblo, que en voz alta la llamaba santa. Fué el último remedio bajarse los cantores al altar mayor, ponerse muy cerca para poder oír y ser oídos de los que oficiaban. De esta suerte se acabó la misa, que entre ruidosa vocería se cantó por la mayor parte con canto silencioso y sólo por señas de ceremonias, pues casi nadie pudo oírla. Después el Sr. Obispo, dejando su sitial, se acercó al túmulo para incensar el cuerpo, rociarle con agua bendita y para entonar los responsos y salmos que habían de cantarse durante la procesión que se iba á hacer para llevar el cadáver al sitio en que había de ser enterrado. Volvió otra vez á gemir el pueblo con voces más crecidas y desentonadas, volvió otra vez el tropel y atropellarse unos á otros por acercarse al túmulo. Pretendían todos con emulación y porfía acercarse al túmulo, unos por tocar últimamente con las manos á su querida y venerada Rosa; otros por besarla la mano, si pudieran, ó á lo menos la ropa, otros si quiera por saludarla, aunque fuese de lejos, y dar el último adiós á quien no habían de ver más con sus ojos. Otra vez volvía la prisa de tocar rosarios, cruces, medallas y cortar con tijeras los hábitos para tomar reli-

quias. Viendo esto el prudente Prelado, y temiendo que la violencia fuese pasando más adelante, volviéndose al Prior y á los otros religiosos que le acompañaban, les amonestó que evitasen el peligro con dilatar otra vez el entierro; porque por entonces no le parecía tiempo á propósito para que el sagrado cuerpo llegase entero al sepulcro, habiendo de romper por tanta gente y defenderse de tantas manos como le acometían para llevarse reliquias. Siguiéron los padres este consejo, y con voces, señas y acciones daban á entender al vulgo que por orden del Sr. Obispo se dilataba el sepultar á Rosa hasta tiempo más acomodado. Recibió esta alegre nueva con gratos oídos el pueblo, y persuadióse de ello, viendo que se desnudaba el Preste las vestiduras pontificales, que tomaba el coche y que partía á su casa.

Era eficaz argumento para confirmar la creencia en que estaba el pueblo de la santidad de Rosa, así la hermosura del cadáver como la milagrosa fragancia que despedía; todo lo que parece evitaba el peligro de corrupción, fealdad ó mal olor que podía temerse si se dilataba por algunos días dar sepultura al cadáver. Todavía estaba el rostro de la difunta en el mismo ser, con la frescura y hermoso aspecto que cuando acabó de expirar, y esto lo veían todos. Treinta y seis horas habían pasado desde su muerte y perseveraban en la boca, en los labios, en los ojos medio cerrados y apaciblemente dormidos y en las manos, los mismos indicios de incorrupción que se advirtieron al principio, y esto entre el humo de tantas hachas como allí ardían. Apesar de estar la atmósfera del templo tan pesada, efecto de la mucha gente que continuamente entraba y salía y de ser tanto el polvo que la misma levantaba, con todo la virgen ni tenía denegrida la cara, ni había perdido el carmín de las mejillas, ni se notaba amarillez en el rostro, ni se habían marchitado ni descolorido los párpados, ni aparecía en fin ninguna de las señales que se advierten en los otros cadáveres.

Finalmente, no parecía á los que la miraban que estaba muerta, sino dormida. Pero la admirable y celestial fragancia que el cuerpo despedía no desapareció del todo ni cesó en el sepulcro, como se vió después de diecinueve meses, según diremos en el capítulo siguiente, cuando al mudarla de sitio se notó el mismo olor que percibieron los que estaban presentes el día del entierro. Unos decían que era semejante al del agua rosada de ángeles; á otros les parecía que era una mezcla de cuantas flores pueblan los jardines; y que salía más al de las azucenas, bálsamo y rosas. Los más cuerdos juzgaban que era más subido y más suave; y para los que vivimos desterrados del Paraíso por nuestros pecados, peregrino y desconocido.

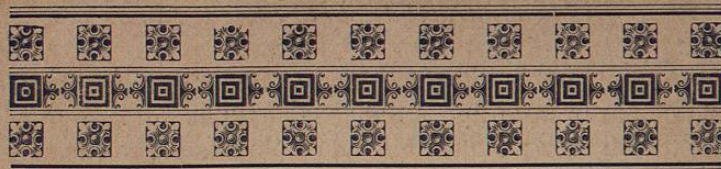
Todas estas cosas aseguraron al pueblo y le indujeron á creer que se dilataba el entierro y que sería en público, y así al medio día fué desocupando la iglesia y se volvió á sus casas. Libre de gente el templo y cerradas, como es costumbre, las puertas, no se podía desear tiempo más acomodado para dar sepultura á Rosa que aquel en que todos entendían que estaba comiendo la comunidad. Y así viéndose desahogados los religiosos de tanto tumulto dispusieron de repente la procesión. Callaron las campanas, fué el canto en voz baja, lleváronse al capítulo las preciosas reliquias de la virgen, donde puestas en una curiosísima arca de cedro, quedaron cerradas, clavando fuertemente la cubierta del ataúd, llenóse de tierra la sepultura, cubrióse de argamasa y ladrillos. Puestos así en cobro y seguridad los ricos despojos, y cumplidas las ceremonias y rezos que señalan las rúbricas, se fué la comunidad al refectorio. No tardó en volver á bandadas la gente, después del medio día, de modo que se llenó de nuevo la iglesia con mayor frecuencia. Pero apenas se apercibió de que su amada prenda había desaparecido del templo, cargó de golpe sobre la puerta del claustro, quebrantó el pestillo y entróse en el capítulo, diciendo en alta voz que era santa la virgen; y no pudiendo echar

mano de otra cosa, cargó á porfía con la tierra del sepulcro, que llevó por reliquias. Desde allí adelante por más de un mes fueron muchos los coches de personas ilustres que iban á visitar la casa antigua de Rosa, para venerar la humilde celdilla del huerto que había habitado tanto tiempo, gozando de quietud y retiro, ocupada en oración y ejercicios virtuosos de devoción y espíritu. Preguntaban con diligencia y buscaban con cuidado en casa de sus padres y del contador D. Gonzalo si habían quedado algunas alhajas, lienzos ú otras cosas que hubiesen servido á Rosa, para guardarlas con gran veneración y grata memoria.

Aumentábase cada día la frecuencia del pueblo, que venía á visitar el sepulcro, porque cada día crecían los beneficios que allí recibían los enfermos, recobrando la salud; y no parecía que podía satisfacerse al honor que se debía á la virgen, hasta que se celebrasen más solemnes exequias, á que el señor Virrey había pedido le convidasen. Se señalaron para el veintisiete de Agosto, que parecía día menos ocupado para este príncipe. Mas por ser domingo, día en que no es permitido cantar oficios de difuntos si no hay cuerpo presente; por consejo del Arzobispo se señaló el día más cercano que no estuviese impedido. En éste no pudo asistir, atendiendo al forzoso despacho y negocios urgentes; y de esta suerte variándose el día, se fué dilatando, ya por imposibilidad del Virrey, ya del señor Arzobispo; hasta que uno y otro de repente se resolvieron y concertaron en que se hiciesen las honras el día cuatro de Setiembre. Fué esta determinación tanta más á gusto de entrambos, cuanto que después supieron que este mismo día es en el que, según el calendario romano, celebra la Iglesia la fiesta de otra Santa Rosa de la Orden del seráfico Padre San Francisco; y que haber concordado en que fuese este día, no fué con advertencia ni industria humana, sino con impulso divino. Asistieron, pues, al tiempo determinado el señor Arzobispo, el Virrey y todos los eclesiásticos y magistrados seglares y muche-

dumbre de pueblo que de nuevo volvió á llenar la iglesia de Santo Domingo. Predicóse de Rosa, dijose mucho de su feliz y admirable vida y elogios dignos de sus méritos: celebróse con gran pompa y majestuoso ornato la misa; templó la inquietud del pueblo la dolorosa ausencia de Rosa, y así pudo oirse el sermón; convirtiéndose todo en oraciones, y mientras el sacerdote ofrecía el sacrificio por ella, se encomendaban todos juntos á la virgen, pidiendo á voces fuese con Dios su intercesora.

Cuando esto pasaba en la ciudad de Lima, la fama había ya esparcido el nombre admirable de Rosa por todo aquel reino; sin haber dejado ciudad, villa ni aldea donde no llegase á noticia de todos. En todas partes aclamaron sus virtudes con aplausos y señales públicas de alegría. Potosí, que dista de la ciudad de Lima trescientas leguas, hasta entonces no conocía el nombre de Rosa y mucho menos la persona; pero apenas tuvo nuevas del bienaventurado tránsito de la virgen, con soberano impulso se enfervorizó, siendo común la alegría con que la celebraban. Sonaron en las torres los bien templados metales de las campanas, resplandecieron por toda la ciudad luminarias, se oyeron por doquiera sus alabanzas. Así de uno á otro pueblo pasó la voz; y toda aquella región dilatada del Perú, que no conocía á Rosa cuando vivía, después de muerta la celebró con júbilos, aclamaciones y voces de alabanza; porque todos se prometían que habían de recibir por su intercesión consuelo, defensa y sufragios. Y no les engañó su deseo, ni su esperanza, como se dirá más adelante.



CAPÍTULO III

Mudan el sepulcro á Rosa con autoridad del Ordinario, y trasladan su cuerpo solemnemente.

CELEBRADAS las últimas exequias con la magnificencia y esplendidez que está dicho, creían todos, que el pueblo poco á poco iría desistiendo de frecuentar el sepulcro de Rosa; como sucede, que con el tiempo suelen mitigarse los primeros fervores. Sucedió, empero, muy al contrario, porque la multitud y celebridad de los milagros llamaba cada día más y más gente á la sepultura de la virgen. Había demás de esto grandes quejas esparcidas por la ciudad, de que el sagrado cuerpo estuviese en lugar tan retirado, donde por las leyes de la clausura, ni á todas horas, ni de toda clase de personas podía ser visitado. No solo la plebe sino también los nobles y más principales de Lima, y al fin los párrocos de las iglesias, los superiores de las religiones y otros varones de mucha cuenta fueron de parecer que era puesto en razón condescender con los deseos constantes y devotos de los propios y extraños, naturales y forasteros, y que se debía pensar en la traslación de aquella preciosa pren-